Entregado a sus destinatarios antes del almuerzo con el Presidente Videla del 10/4/78.

EMILIO FERMIN MIGNONE
C.c Mons. ZASPE
Card. ARAMBURU
Mons. GALAN

Buenos Aires, 10 de abril de 1978

Señor
Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina
Cardenal Raúl Primatesta
Presente

Estimado monseñor Primatesta :

Madurábamos desde hace días una carta dirigida a usted, con copia a todos los Obispos y a otras confesiones religiosas, con motivo de la próxima reunión de Pascua de la Asamblea Episcopal.

Pero el anuncio del encuentro, en forma de almuerzo, de este mediodía, entre el comité ejecutivo de la Conferencia que usted integra junto con monseñor Zaspe y el cardenal Aramburu, con el Presidente de la Nación, nos mueven a hacerle llegar con urgencia estas líneas, con la esperanza de que tenga oportunidad de leerlas antes de la entrevista.

Resumimos en ellas nuestro pensamiento, que es el de miles de familias con las cuales compartimos diariamente los sufrimientos, las oraciones, las innúmeras e inútiles gestiones en comandos militares y despachos oficiales — donde con frecuencia se nos humilla y se hace mofa de nuestro dolor — y que sólo confían, cualquiera sea su posición espiritual, en los Pastores de la Iglesia, continuadora de la misión de Cristo y representativa de la fe, activa o no, de la mayoría de la población. Sabemos que a cargo de ustedes está la tarea profética del anuncio de la Palabra y su aplicación a todas las / circunstancias de la existencia humana, sin cobardías, sin ocultamientos, sin intereses espúreos y sin acomodos.

Le escribimos, aunque usted nos conoce suficientemente, sin más título que el de cristianos, partícipes del Pueblo de Dios y padres de una joven detenida el 14 de mayo de 1976 por las Fuerzas Armadas, en nuestro domicilio y desde entonces desaparecida.

Somos muchos miles, monseñor y usted lo sabe al igual que los otros miembros de la Conferencia, cuyos hijos, padres, esposos, hermanos, compañeros de trabajo, vecinos, amigos y hasta abuelos y niños de pecho, han sido arrestados en la misma forma y no se conoce su suerte. Dos años y medio de esta terrible experiencia permiten / concluir, sin lugar a dudas, que se trata de un sistema y no de excesos aislados, como suele repetir el general Videla y seguramente reiterará esta mañana. No es posible, monseñor, por la dignidad del Episcopado y de la Iglesia, por el servicio que ustedes están obligados a prestar en conciencia al Pueblo de Dios y a Dios mismo, por respeto a la verdad y al sentido común más elemental, seguir aceptando esa ridícula explicación. El sistema consiste en haber adoptado los métodos clandestinos de la guerrilla, es decir el secuestro, el robo, la tortura — aunque en este caso aumentada y perfeccionada de manera espantosa —, el asesinato, este último agravado con la negativa a entregar los cadáveres a los deudos, su eliminación por medio de la cremación o arrojándolos al mar o a los ríos o su sepultura anónima en fosas comunes. Como lo insinuara esa Conferencia Episcopal en sus Reflexiones de hace un año, todo esto se afirma sobre la doctrina de que el fin justifica los medios y en este caso se pretende que el fin es nada menos que la salvación de la "civilización cristiana" y la salvaguardia de la Iglesia Católica. Y consiste en colocar como valor supremo — según lo dijera también la Conferencia en el documento citado — la denominada "seguridad colectiva" sobre cualquier otro principio o valor, incluso los más sagrados de la persona humana, de la cultura, de la religión, de la actividad cívica, laboral o comunitaria. Estamos

ante una forma de totalitarismo y esto hay que decirlo con claridad, si queremos ser fieles, cristianos Obispos o cristianos laicos, al lenguaje evangélico.

La alternativa, monseñor, es muy simple y para salir de un círculo engañoso y estéril de vocablos, es indispensable decírselo al general Videla. O el Gobierno, es decir la Junta Militar y los Comandantes en Jefe de las Tres Armas, controlan la situación dentro de sus propias filas -- lo cual parece razonable después de dos años de haber asumido el poder absoluto -- y en ese caso han autorizado el sistema reseñado y son plenamente responsables de lo que sucede, no pudiendo eludir esa responsabilidad con expresiones de comprensión y de extrañeza; o no la controlan, con la cual nos encontramos en un verdadero y temible estado de anarquía militar cuyas consecuencias son inimaginables. Si así ocurriera el general Videla debiera, si quiere ser honesto y salvar su terrible responsabilidad ante Dios, ante la historia, ante el pueblo, ante la justicia penal que algún día funcionará nuevamente entre nosotros, ante las víctimas de este masacre y sus familiares, hacer pública este estado de cosas y dar paso a quien o quienes se encuentren en condiciones de ejercer realmente el poder. Días pasados escuchaba una notable exposición del doctor Juan Antonio Allende sobre las virtudes sanmartinianas, con ocasión del Bicentenario del Nacimiento del Libertador. Y decía entre otras cosas algo que, evidentemente, por el tipo de concurrencia, tenía destinatario: el general San Martín nunca eludió el ejercicio del poder cuando tuvo esa responsabilidad, porque no hacerlo constituye una falta gravísima en un gobernante y en un militar. Y ejerció ese poder incluso para sancionar a sus subordinados de cualquier jerarquía, cuando no cumplían con sus deberes o abusaban de sus prerrogativas. Entre nosotros se ha hablado con insistencia de excesos pero hasta el momento nadie conoce la menor sanción contra los responsables de esos excesos, algunos tan terribles como el asesinato de los sacerdotes palotinos o del Chamical o la muerte de treinta rehenes en Pilar. Mientras eso no ocurra nadie, monseñor, podrá creer en la palabra oficial. Y esto es tremendo por cuanto sobre la mentira nada perdurable puede fundarse. Tampoco una Segunda República y menos una democracia pluralista, fuerte y estable.

Quiero señalar por último, monseñor, que la situación, pese a las promesas, en nada ha cambiado. Salvo , tal vez, una cierta disminución de los casos de secuestro. La publicación de las listas de detenidos a disposición del PEN, después de dos años de espera, nada significa. Se trata de presos cuyas familias conocían su ubicación y que en general, salvo los que se encuentran en jurisdicción del Tercer Cuerpo de Ejército, podían ser visitados. Estas nóminas han traído la confusión a muchos y provocado complacencias de personas apresuradas en quedar bien con el Gobierno. Pero, repito, no agregan ni ponen. Lo indispensable es que el Gobierno informe cual ha sido la suerte de cada "desaparecido", la inmensa mayoría de los cuales, todos los sabemos y también los Obispos -- aunque tristemente algunos de sus hermanos en el Episcopado, claramente infieles en esto al mandato evangélico lo nieguen o lo callen -- , han sido arrestados por organismos de las Fuerzas Armadas o de Seguridad. Y esto, monseñor, es lo que le pedimos que exija, obtenga del Presidente de la República esta mañana. Se lo pedimos en nombre de Cristo, de cuyos Apostóles usted es sucesor. Se lo pedimos en nombre de nuestros hijos vejados, torturados, asesinados, mantenidos en la penumbra sin auxilios espirituales de ningún tipo, que no se niegan a los criminales y que la Iglesia siempre ha exigido. Fíjese que no pedimos clemencia para ello, ni absolución, sino algo tan elemental como conocer su destino y requerir que se los juzgue con las garantías de una sociedad civilizada.

Los procedimientos, monseñor, siguen, a pesar de las promesas de volver a la legalidad. Tres familiares de desaparecidos, sin otro delito que ése, fueron secuestrados en una operación ostensible entre el 8 y el 10 de diciembre pasado, junto con dos monjas francesas. Cinco detenidos que fueron liberados en la Unidad 9 de La Plata durante el mes pasado han sido secuestrados a sus puertas y un sexto, el doctor Deghi, de Zárate, fue asesinado al salir de la misma cárcel en Semana Santa, hecho que conoce bien y del cual ha rendido testimonio el P. Monferrán, vicario de la diócesis de Zárate-Campana. Diez y seis cadáveres con las manos y la cabeza cortada han aparecido en los últimos meses

en las playas del partido bonaerensse de General Madariaga, sin duda alguna echados al mar desde aviones o barcos. Todos los días "desaparecen" ciudadanos y como siempre nada se sabe de ellos.

Creemos, monseñor, para terminar, que si la respuesta del señor Presidente no implica una modificación de esa situación y, fundamentalmente, los hechos no la siguen, la actitud de esa Conferencia, por respeto al mensaje evangélico que tienen obligación de enseñar, por fidelidad a Cristo y por consecuencia con el pueblo a cuyo servicio están los ministros del Señor, tiene que cambiar. No vemos posible que se siga cohonestando un régimen que utiliza estos metodos. Se me dirá que Hitler y Stalin también lo hicieron y que otros regímenes en el mundo, de distinto signo, igualmente los utilizan. Es cierto, pero ni Hitler , ni Stalin, ni Idi Amín, ni F. del Castro se confiesan cristianos. Sé perfectamente, por propia experiencia, que algunos Obispos ya han realizado una opción, terrible opción que supone preferir otros poderes y otros bienes que los de Dios y por eso callan o justifican y hasta bendicen hechos como los explicados. Pero la Conferencia Episcopal, incluso con el voto de quienes me he referido, que han de inclinarse finalmente ante el soplo del Espíritu Santo expresado en la opinión de la mayoría, tiene que adoptar una posición que se exprese no sólo en palabras sino también en gestos y en actitudes. No podemos, por ejemplo, seguir agradeciendo a Dios en los templos con las autoridades al frente durante las fiestas patrias. El momento es decisivo. La desesperación va ganando los corazones de muchos. También el odio. Las exigencias de justicia van a impedir cualquier intento de evolución democrática, por honesta que sea. Sabemos también que hay muchos interesados en echar un manto de olvido sobre lo ocurrido. Algunos dirigentes políticos lo insinúan, ansiosos por subirse al barco oficial. Pero la Iglesia no puede sumarse a esos cálculos. Quienes así piensan no tienen conciencia del dolor y del odio sembrado entre millares, millones de familias que hoy permanecen mudas por el terror y por el temor de represalias sobre sus seres queridos. Posiblemente sea esto lo que se haya buscado. Es la famosa "guerra sucia" de la cual tanto usted, como nosotros, hemos escuchado hablar en las oficinas gubernativas.

En una conversación que tuvimos ocasión de mantener el lunes 27 de marzo con el almirante Massera, miembro de la Junta Militar, éste nos expresó que la Armada exigía que se conocer la suerte de cada "desaparecido", cualquiera ella haya sido y se informe sobre los presos "no declarados", pero que el Ejército se opone. Nos pidió que solicitáramos a usted, al señor Nuncio, a monseñor Tortolo, que insistieran ante el Presidente y Comandante en Jefe del Ejército en el mismo sentido. Siguiendo ese pedido lo hacemos, con la excepción de Tortolo cuyo pensamiento y cuya opción, desgraciadamente, conocemos por experiencia personal.

Le rogamos, monseñor, por Cristo Crucificado que no abandone a los "desaparecidos" y que no olvide a quienes vivimos esta espantosa e innecesaria angustia, que supera lo ocurrido en cualquier situación similar en otros países. La Iglesia, si es fiel a su misión, claram ente explicada por Cristo, no puede hacerlo. Tiene que hablar como lo ha hecho los poderosos, desde Juan el Bautista, en tantas ocasiones. La era de la diplomacia secreta, de los disimulos, de los arreglos confidenciales, después del Concilio Vaticano Segundo, está terminada . El Pueblo de Dios necesita participar y ser informado. Necesitamos conocer lo que el Episcopado expresa al Gobierno en sus comunicaciones. De lo contrario de nada sirven, como la prueba la experiencia de un año desde la publicación de las Reflexiones. Ninguna respuesta. Ningún cambio. Fracaso total. ¿Que podemos esperar si se sigue con esa estrategia ? Sólo convertir al Episcopado en el hazmerreir del Gobierno, que se burla impunemente de sus intenciones más nobles y que opta por una hipocresía que nos trae a cada momento el recuerdo de las invectivas de Cristo contra los fariseos y los escribas... Que no nos ocurra como a un grupo de madres de desaparecidos, prácticamente expulsadas días pasados de mala manera en la sede de la Conferencia por el secretario de ésta monseñor Galán.

Confiamos monseñor, en usted y sus hermanos en el Episcopado, porque confiamos en Dios y Cristo nos mantiene en nuestra esperanza. Cordialmente,

Angélica P. Sosa de Mignone - Emilio Fermín Mignone - Santa Fe 2949, 3o. A., 1425 Buenos Aires